

dos estos incidentes de la teogonía griega se han difundido á remotos siglos y han alcanzado las brillantes apoteosis del arte, así en los antiguos como en los modernos tiempos. En los frescos de Pompeya vemos Proserpina sentada junto á Plutón, resignadísima y conforme con su nuevo estado y su nuevo reino, teniendo cerca de sí á Mercurio, que se ofrece á llevar sus mensajes por todas partes, y á la Primavera, que guarda en hermoso pliegue de su túnica los gérmenes de las flores. Los vasos antiguos, sobre todo uno célebre del museo de Berlín, citado por los historiadores del arte, nos ofrece á Ceres asentada sobre su trono con áureo cetro en la mano, y junto á ella Proserpina con dos antorchas, alzada la una y caída la otra, en conmemoración de que una parte del año está bajo y otra parte del año está sobre la tierra. Los autores, que han llevado en los siglos últimos el espíritu clásico á sus extremos de artificio, y frisado, por tanto, con todas las decadencias, nos han esculpido el rapto de Proserpina por mano de Girardón en los jardines de Versalles, y por los pinceles del Albano en las escuelas itálicas. Naturalmente, préstase mucho á la inspiración artista el genio griego, un teatro como la isla de Sicilia, un coro como el que componen las ninfas helenas, una madre como Ceres tan amante y próspera, el amor penetrando en los

abismos infernales, una joven hermosísima sepultada en las tinieblas, la inquietud por verla y encontrarla, el sueño profundo suyo abajo y el dolor maternal de Ceres arriba, tantas incidencias como constituyen esta religión pagana, en cuyos dogmas y en cuya historia buscarán eterna é inextinguible inspiración las artes y las letras.

Los honores prestados á Ceres tienen dos opuestos y contradictorios sentidos en las antiguas letras. Para unos representa su culto la religión de la inmortalidad, para otros representa su culto sencillamente la gratitud natural de los agricultores á la tierra que nutre sus plantas y da frutos. Homero cree los misterios consagrados á Ceres apoteosis verdadera del alma, que allende la muerte penetra en la eternidad. Por eso el iniciado en las ideas que los símbolos ofrecidos á la diosa contienen, y el conocedor del sentido encerrado en sus dogmas, no acaba en las tinieblas, antes por lo contrario se aviva y transfigura en los resplandores de alma luz perpetua. Para Cicerón, para el sublime filósofo que dialogaba en los jardines de Academo, para Isócrates, para el mismo Aristófanes, tan escéptico, por la religión de Ceres y por su liturgia, llégase á comprender cómo el hombre se transforma de suyo allende la sepultura, y cómo ese gran mal denominado muerte, lejos de contener la podredumbre tan

repulsiva de suyo á nosotros los mortales, contenía un verdadero enjambre de santas y consoladoras esperanzas, en cuyas alas el mísero mortal puede subir hasta la inaccesible inmortalidad. Mas para los poetas latinos, para Ovidio y Virgilio principalmente, los grandes intérpretes de la religión antigua, helenos y latinos, adoraron á Ceres porque fué la primera en romper y laborar la tierra con el arado y en producir todo aquello que alimenta en el mundo á los hombres. Ceres convirtió los bravos toros, desparramados por las praderas y hechos unos brutos feroces, en pausados bueyes, necesarios al cultivo y bastante dóciles para bajar la cerviz y someterse al yugo. Por eso los ministros de su culto apartan los bueyes tan trabajadores del ara donde reina Ceres, y lejos de inmolarlos con el cuchillo sacro los bendicen y colocan en su lugar las perzosas cerdas. Para Virgilio, Ceres ha hecho mucho más, ha quitado su moho al hierro, el espino inútil á los plantíos, la hierba perniciosa á los sembrados, y enseñando la poda en los árboles y las limpias en los rastrojos, ha conseguido que dejen los hombres para los animales inferiores las bellotas caídas de los encinares, con que se alimentaban en los tiempos primitivos, y puedan recoger y amasar el blanco y sabroso pan. Así los bajorelieves nos muestran una familia ofreciendo preces y holo-

caustos á la fecunda tierra. Padre y madre, precedidos de un niño que lleva cernacho amplísimo de frutas, presentan á la diosa para su inmolación una cerda, y la diosa, coronada con el almud, signo de la fecundidad, y ostentando en su mano la patera, signo de la recolección, dirígese á Proserpina, quien presenta orgullosa el haz de adormideras y de espigas en la izquierda mano, y en la derecha las luminarias con que pueden esclarecerse los abismos y disiparse las tinieblas. Algunos labradores, como Calimeno, ofrecen á la diosa el arado, la punta de hierro con que los surcos se abren, el aguijón que mueve á los bueyes y la coyunda que los ciñe y que los somete. Por tal razón, en tiempo de las siembras le ofrecían unos instrumentos de labranza y en tiempo de la siega otros. Cuando había que sembrar, el arado; cuando había que recoger, la hoz.

No, no puede desconocerse toda la poesía que despiden los campos. Como huelen los henos, las mentas, los jazmines, y tantos y tantos vegetales por sus dulces aromas, embelesan y arroban por su dulce poesía. Así Virgilio, en el poema inmortal del trabajo agrícola, invoca los nombres de Ceres y de Baco, porque ambos dioses han sustituido el grano de trigo y de uvas á las bellotas con que se alimentaban los primitivos pobladores del campo. En

efecto, la madrugada vigilantísima del jornalero, su amanecer saludable, su apercibimiento al trabajo con la cooperación de ciertos animales domésticos, la presencia de los faunos en los bosques y de las driadas en las florestas, el dios de Cea guardador de las selvas, por quien trescientos toros blancos como la nieve rumian el brote de las plantas en los prados, el pródigo Pan que protege las ovejas y congrega los rebaños, el tierno Silvio que lleva en la mano su rama de ciprés, todos estos dioses de los fecundos campos, todos nadan, á una, tanto en la luz del cielo como en las inspiraciones de dulcísima poesía.

Efectivamente, Ceres, desde los altos cielos, protege y sonríe al que remueve la tierra con sus azadones; al que la fecunda esparciendo en los surcos las semillas; al que riega los tallos y estercola las raíces; al que ahuyenta las aves enemigas y los insectos exterminadores; al que unce los bueyes en el yugo y forja las sierras para cortar los troncos y afila para segar el haz las brillantes hoces; al que anuncia, por medio de las floescencias primaverales, cuando los almendros se ciñen sus guirnaldas de flores y las mieses sus coronas de espigas, los signos del venidero año; al que doma, en una palabra, los campos y extrae de su seno en abundancia manantiales de vida. Efectivamente, la colmena que ofrece

miel y cera, la troj donde los trigos relucen, el aromoso lagar destilando vino, la oliva que produce los aceites parecidos á savia de los astros, el festón de los pámpanos al ramaje de los olmos ceñido, los pinos que vibran, los sauces que lloran, el tilo de pulida corteza, el aprisco donde la oveja reposa, los lebrillos que contienen la recién ordeñada leche, el queso amasado en la cabaña, la vaquilla que os contempla con sus ojos profundos, el perro que vigila, el potro que salta, el ciervo que corre, las abejas mezclando sus zumbidos y sus agujones al vuelo de las mariposas, las lanas cortadas de los blancos vellones y las sedas urdidas por los activos bómbrices, todos estos espectáculos del campo y de su cultivo merecen la poesía unida con el nombre de Ceres en todos los viejos cantos y en todas las paganas liturgias. Y la diosa, como protege á cuantos cooperan á la vida y fecundan la tierra, persigue con perseverancia y condena con crueldad á los que devastan y esterilizan los campos. Por eso al hijo de Reyes, asolador de un bosque sacro suyo, lo condenó á un hambre tan insaciable, que después de haberse comido todo cuanto hubo á mano concluyó por comerse á sí mismo.

En cambio ¡cuán benéfica para todos los labradores y cuán grata para todos los que le hacen algún bien! Nada prueba esta verdad como la histo-

ria de Triptolemo. En los campos donde ahora se levanta Eleúsis, templo predilecto de Ceres, levantóse otro día la cabaña de Celeo. Volvía este virtuoso anciano de su campo y de su jornada, llevando en una mano bellotas cogidas al pie de las encinas donde las llovieran las ramas, y en otra mano moras arrancadas á los zarzales, mientras en la espalda un hacecillo de leña seca y olorosa para calentar su vivienda y cocer su comida. Su hija le acompañaba, conduciendo y guardando con solicitud dos hermosas cabras que, inquietas y retozonas, á lo mejor se iban en busca de los tallos; pero pronto volvían humildes al eco de una voz que les daba su pastora. Ceres, como había tomado la forma de una pobre vieja para ocultarse mejor é indagar con más facilidad el sitio donde recluyeran á su hija, topó con estas gentes, que se adoloraron del dolor escrito en su rostro y le ofrecieron hospitalidad en la cabaña próxima. Caminando ya todos juntos, preguntáronle á Ceres el anciano y la moza por qué tan triste y dolorida estaba, y ella, con tal motivo, les narró la desgracia que le acaeciera con su hija. Celeo y la niña compadecieron tanto á Ceres, que lloraron á una con ella, y como les agradeciese mucho tales sinceras lágrimas la diosa, contáronle que tenían un pobre niño enfermo, hermano de la muchacha é hijo del viejo. En efecto, al entrar en

la choza ve la madre llorando y el niño espirante. Pocos minutos deben quedarle de vida según lo yerto de sus carnes y lo extinto de sus ojos. Pero la divinidad, tocada en el corazón, se acerca desaladísima por un impulso divino á la cuna, que debía trocarse pronto en mortaja, é imprime sus labios en los labios del pobrecillo moribundo. Apenas ha recibido tal beso éste, cuando la sangre hierve de nuevo en sus venas, la respiración cobra su facilidad pristina, los ojos relumbran centelleantes y torna de nuevo á entrar en toda la plenitud y en toda la robustez de su vida. No contenta con esto, lo acerca diciendo palabras misteriosas á las piedras lares, y lo arroja en el fuego doméstico. La madre, que había jubilado la salvación, se desespera y se horroriza viendo á su hijo en las llamas, y lo aparta de su voracidad. Entonces le dice la próspera Ceres cómo ha impedido al niño la inmortalidad. Ella quería en las llamas elevarlo á dios, y su madre lo ha dejado puramente hombre. Pero este hombre será el primero en abrir la tierra con su azadón, surcarla con su arado, depositar en ella la simiente y regar y recoger el trigo, por todo lo que merecerá perdurable adoración entre las generaciones. Tal fábula tiene dos aspectos en las tradiciones antiguas, el por nosotros reconocido ahora que hace de la familia hospitalaria una familia po-

bre, y el no menos divulgado que hace de la familia hospitalaria una familia regia. Por su fondo asemejanse los dos, consistentes en que un hijo de tal familia, plebeya ó regia, debió á su compasión por Ceres el que mostrara ésta en su dolor el secreto de los trabajos agrícolas al más tierno y más joven de todos sus individuos.

Cuanto más estudiamos la mitología griega más nos convencemos de que sus fases guardan analogías misteriosas con las fases recorridas por el cristianismo desde sus orígenes hasta nuestros tiempos. Los dioses cabires, en cuyo número entra Ceres, corresponden á las edades evangélicas; los dioses órficos, adorados por una especie de teocracia, corresponden á nuestras edades católicas, á la Edad Media; los dioses homéricos nacen de un protestantismo semejante á nuestra reforma religiosa; y tras los dioses homéricos, merced al transcurso creador del tiempo, llegan aquellas divinidades, que llamaremos filosóficas, símbolos científicos más bien que seres sobrenaturales, conjuntos de ideas racionalistas más bien que coros de dogmas teológicos, con caracteres morales y políticos antes que con caracteres hieráticos; para concluir, dioses ideas ó ideas dioses, los cuales van á desembocar, de un lado en la práctica Roma por medio del estoicismo y del epicurismo, generadores de nuestro

derecho, mientras por otro lado van con el platonismo hacia la idealista Alejandría, generadora de nuestra religión y de nuestra metafísica. Tal aparece á mis ojos el génesis maravillosísimo de todas estas ideas. Consecuente con esto, el mito de Ceres toma todos los anteriores transformismos en su desarrollo y desenvolvimiento. Primero es una leyenda cabira, especie de moral y sencillo evangelio; después se une, merced á la teocracia, con los grandes mitos asiáticos del vino y del sol, ó sean de Apolo y Baco; más tarde reviste su carácter antropomórfico en Homero, el gran revolucionario y humanizador, digámoslo así, de las religiones antiguas; llegando, por último, en cuanto la vida civil se sobrepone á la vida natural y la metafísica prevalece con gran prevalecimiento sobre la poesía y sus símbolos, á legisladora de las ciudades y á representante de la inmortalidad y de la perennidad de nuestra alma en sus misterios eleusinos. Cuando uno lee dos libros en la interpretación de los mitos antiguos, tan contradictorios como los libros de Creuzer y de Müller, convéncese, por su atenta lectura, con poco esfuerzo, de cuánto se identifican en el fondo y qué tejido común de ideas madres tienen uno y otro intérprete, en apariencia enemigos, para explicar los viejos dogmas y las clásicas creencias.

La religión y la poesía siguen paralelo desarrollo en Grecia. Esta Ceres, que vemos tan hermosa en su zenit heleno, comienza por divinidad líbica ó africana, cuasi negra. Esa luna, seguida por enjambres de cánticos y cincelada por millares de buriles bajo la forma de Diana, fué un testuz de ternera puesto con sus recientes cuernos sobre un tosquísimo tronco de secular encina en su primitivo templo de la reveladora Efeso. Pues lo que ha sucedido con las divinidades antiguas ha sucedido con las antiguas poesías. Fueron primeramente los gritos agudos por el sacrificador lanzados en sus grandes sacrificios y holocaustos subiendo entonces á canciones sencillísimas de agricultores y campesinos, en las cuales poetizábase con verso y música el ingenuo sentimiento de la naturaleza. Y para que se vea más cómo las concepciones poéticas y las concepciones religiosas se asemejan entre sí, bastará decir que, cual Ceres pertenece á las primeras edades teológicas, el himno á Ceres quizás es el único salvado de las primeras edades poéticas y venido hasta nosotros para poder admirar en su contexto el germen sacro de tantas y tan incomparables bellezas. Pues bien, Ceres no toma el carácter político de legisladora en las ciudades ni el carácter metafísico de la inmortalidad en los filósofos y en las escuelas, sino tarde, muy tarde,

cuando la sociedad y la ciencia se han sobrepuesto á la poesía y á la naturaleza.

Las fiestas eleusinas fueron fiestas muy posteriores al nacimiento del mito de Ceres. Y la demostración de que fueron muy posteriores se halla en haberlas omitido los poemas de Homero, tan escrupulosos en darnos las fiestas litúrgicas y los poemas hieráticos del buen Hesiodo, tan llenos de tradiciones antiguas. Las fiestas eleusinas provienen de una edad posterior á la conquista del territorio de Eleúsis por Atenas y por los atenienses. Todo en la historia de Ceres, todo, se relaciona con el rapto de su hija. Es la *Mater Dolorosa* que personifica las acerbas tristezas de un corazón maternal, privado contra las leyes naturales de aquellos seres nacidos de su sangre que debían sucederla y heredarla. Sujetas las madres á perder sus hijos por la natural fragilidad y contingencia de sus pequeñuelos, expuestos á morir pronto, con facilidad malogrados, como están expuestas las madrugadoras é impacientísimas flores del almendro á helarse, deben sentir un dolor inenarrable, incomprendible, allá en sus entrañas, como lo demuestran sus ayes con sus lágrimas y por la tendencia natural en los humanos de divinizar y perpetuar cuantas ideas y afectos los subyugan; esas lágrimas y esos dolores se han cuajado y han concluído por

formar la madre dolorosa digna de todo nuestro culto. Eleúsis con Ceres muy estrechamente se relaciona, porque allí, en Eleúsis, existe todavía la higuera brotada en el sitio por donde Plutón se llevó la hermosa Proserpina consigo á los infiernos. Y allí, en Eleúsis, asentóse desesperada Ceres junto al brocal de los pozos conocidos con el nombre de Partenios. Plegadas las manos, caída sobre su pecho la cabeza, manando lágrimas y despidiendo suspiros, encuéntranla una tarde las hijas del rey eleusino, idas á llenar de agua sus ánforas, encuéntranla bajo las ramas de un olivo. Aunque la diosa está completamente transfigurada por haber revestido formas de mujer, y de mujer prolecta, sienten las doncellas eleusinas en su presencia una especie de inexplicable respeto religioso. Y llevadas de este respeto le preguntan quién es, y ella les responde que unos piratas la robaron de Creta, la condujeron á Torice, donde pudo evadirse á su cautiverio en la noche, mientras apercibían la cena. Y pobre y abandonada de todo el mundo, sin familia y sin amparo, pide á las compasivas doncellas el empleo, bien de nodriza ó bien de criada. La más bella entre tales ninfas allí presentes, hija del rey eleusino y de la reina Metaniza, la consuela en su dolor, llevándola consigo á su palacio y encargándole la necesaria lactancia del más tierno y más

pequeño entre sus hermanillos. Y allí, en aquella casa, no pudo la triste divinidad ocultar mucho tiempo su recatada grandeza que, una vez conocida, le valió perpetuo culto y maravilloso templo en aquella predilecta ciudad y en aquel sacro sitio.

Este gran templo de Ceres en Eleúsis distinguíase de todos los templos griegos. Erigidos éstos en la cumbre de preciosas colinas, asemejábanse más á nuestras capillas que á nuestras iglesias, como que el principal objeto suyo reducíase á honrar una estatua de dios, ofreciéndola, en cuanto el clima lo permitiese, al aire, al sol, á la vista y adoración de los devotos. Así las muchedumbres no penetraban en los templos, y las mayores fiestas se hacían y las más sacras ceremonias se celebraban en sus alrededores. El templo de Ceres en Eleúsis diferenciábase de todos los templos en que se había construído para contener dentro de sí á las muchedumbres. Pasaba con el templo de Ceres en Eleúsis lo mismo que ha pasado en la era de Cristo con nuestra catedral compostelana. Basta entrar en sus naves para comprender, por las múltiples capillas y por las amplias galerías, cómo aquella iglesia es albergue de peregrinos. Lo mismo pasaba en Eleúsis. Construído el templo para reunir en ejercicio común de culto y en mutua edificación de unos por otros á los fieles, tenía el carácter correspondiente

con su ministerio y con su destino. Llamado templo de iniciación, y compuesto para las celebraciones en común de ministerios verdaderamente dramáticos, aparecía mucho más teatral y mucho más espacioso que los otros templos, no construídos ciertamente para la representación de autos sacramentales como los que se daban de antigua fecha en el templo eleusino al pie del ara de Ceres. Un enorme cuadrilátero lo formaba; gruesas paredes, semejantes á murallas, lo defendían; separábanlo en compartimentos indispensables cinco naves coronadas por largas galerías que gruesas columnas sustentaban, unas de orden dórico y otras de orden corintio, mientras en su base había una cripta profunda y en su entrada un airoso vestíbulo, todo ello indicativo de que allí habitaban mistagogos, y aedos y hierofantas, encargados por un sacerdocio poderosísimo de iniciar á los fieles en misterios metafísicos y cantar estos misterios en coros y en himnos sacrosantos.

Las fiestas eleusinas constituían unas fiestas helénicas, asemejándose á las fiestas délficas en esto. Un colegio de sacerdotes las sostenía y cultivaba sus ideas transmitiéndolas de una edad á otra edad como sacro depósito. Llamábanse iniciadores, y concluían por conseguir en su comunicación diaria con la diosa una especie de propia y peculiar

divinidad. Los iniciadores dirigían y enseñaban á los iniciables y á los iniciados. Al ingreso interior del templo veíanse tablillas indicadoras del número y naturaleza de los misterios, mientras en la cela ó ábside, como nosotros la llamamos, pinturas alegóricas del desarrollo de los misterios. Duraban las fiestas noche y día, como verdaderamente conmemoradoras de la sucesión del sol por las tinieblas y de la sucesión del otoño por el invierno. Así pasaban los iniciados muchas veces en aquellas dramáticas escenas del silencio y del recogimiento al himno y al coro, y de las oscuridades más espesas y más profundas á los resplandores más deslumbrantes, ni más ni menos que sucede por nuestras iglesias en la semana mayor, el sábado, cuando á una voz que dice *Gloria*, lanzada en la misa, el templo, antes oscuro, se ilumina, el velo que cubría los santuarios se rasga, el plañidero treno se trueca en jubilosa aleluya, y el silencio dolorosísimo se interrumpe por el alegre campaneó que celebra regocijante la resurrección y anuncia la Pascua. Las procesiones eleusinas repiten las carreras de Ceres. Los fieles han oído contar mil veces cómo la diosa robada sintió una especie de vértigo cuando la cogiera el dios infernal, y vió desvanecerse como en divino mareo la celeste superficie de los mares, y el armonioso recorte de las riberas, y el tapiz de los